

CATEQUESIS EN FAMILIA

I.- INTRODUCCIÓN

La sociedad moderna y su nueva cultura están entrando con fuerza con su buena carga de presión sobre la familia. Esta presión conlleva aspectos positivos y negativos¹.

En días pasados el nuevo Arzobispo de Milán, Cardenal Dionigi Tettamanzi, escribía una bella carta pastoral² en la que denuncia -(como en muchos otros contextos eclesiales se ha detectado)- un verdadero complot contra la familia. Actualizando la parábola evangélica del Buen Samaritano, habla de la familia que transita por las vías tortuosas e intransitables de la historia cuando, a la vuelta de la esquina, se encuentra con los tiempos modernos, que no son por naturaleza bandidos, pero que de inmediato se cebaron contra la familia. Le robaron la fe, la despojaron de su unidad, de la fidelidad, de la alegría de la fecundidad y de todos los demás valores que poseía y la dejaron medio muerta. Después de algunos personajes que pasaron y la vieron, pasó también Jesús, el Buen Samaritano, que se inclinó para curarle sus heridas y después, cargándola, la llevó a la Iglesia y se la confió para que curara. Jesús nos ha confiado la Familia, *'no la dejen sola por el camino', 'aliméntenla con mi Palabra y mi Pan y a mi regreso les pediré cuentas de ella'*. La familia -nos sigue diciendo el Cardenal Tettamanzi- antes que ser denunciada en sus fallas y responsabilidades, debe ser invitada a dejarse fascinar por la belleza de sus valores; debemos acercarnos a ella con un humilde respeto y un amor grande.

Entre los aspectos positivos, habrá que destacar lo relacionado con la nueva situación de la mujer, igualdad en la dignidad de la pareja en el matrimonio, con la consiguiente mejora de las relaciones de pareja; hay que advertir, sin embargo, que éste es un proceso lento y desigual.

Entre los aspectos negativos están: el consumismo, el hedonismo, el libertinaje sexual, una mayor predisposición contra el compromiso matrimonial; las campañas antinatalistas, etc.

II.- LA CATEQUESIS

La situación actual de las familias y de la Catequesis, que ya hemos reflexionado anteriormente, nos pide actualizar y, sobre todo, adecuar a las realidades de nuestras familias en sus diferentes contextos, el mensaje de salvación aportado por Cristo a la humanidad. Nosotros hemos de ver estas realidades, creadas y conservadas por un Dios bueno, pero sometidas a la fuerza del pecado y del egoísmo, que las empequeñece y las

1 Habrá que tener en cuenta, si no se ha mencionado antes, el mensaje dirigido al Santo Padre por diez Cardenales en Santo Domingo y la relación de Mons. Jorge Enrique Jiménez, Presidente del CELAM sobre la *Situación y perspectivas de la familia y la vida en América Latina* (Septiembre de 2002).

2 Carta Pastoral *¿Familia, dónde estás? Las pobrezas de hoy desafían a la familia y a la comunidad cristiana*, Sept. 8 de 2002)

deshumaniza y, además, entorpece el Plan de Dios. Ante esto creemos en la fuerza renovadora de la Pascua de Cristo, que rejuvenece y llena de esperanza nuestro mundo³.

El Reino de Dios llega a nosotros a pesar de las dificultades; la semilla del Evangelio hace fecunda la vida de las personas y de las familias y permite esperar una gran cosecha, siempre y cuando haya corazones abiertos y deseosos de Dios. Estos corazones se forjan en el seno de la familia; ahí es cuando podemos decir que la familia es evangelizadora y educadora de sí misma y de los demás. Verdadera Institución Catequética, la familia tiene que 'llamar' a la fe a sus propios miembros, introduciéndolos poco a poco en el Misterio de la salvación, que es Jesucristo⁴.

Por eso es necesario en primer lugar que cada familia se centre en la Persona de Jesús. Al estilo de primeras comunidades cristianas, hoy nuestras comunidades familiares deben vivir y actuar en torno a Cristo Resucitado, presente y activo en ellas, para anunciarlo con alegría y entusiasmo: *"El ardiente deseo de invitar a los demás a encontrar a Aquél a quien nosotros hemos encontrado, está en la raíz de la misión evangelizadora..."*⁵ Tiene que darse, por ello, un proceso de *iniciación cristiana* en las familias, que incluya el *primer anuncio* (en orden a la fe), *la catequesis* (en orden a una más profunda adhesión a Cristo) y una *vivencia de los sacramentos* (en orden a una participación más plena). Este es el proceso de formación cristiana que se vivía en las comunidades apostólicas y que hoy sigue vigente, especialmente en el proceso catequético⁶. Sobre estos aspectos tendremos que volver más adelante.

El objetivo de la catequesis no es únicamente desarrollar, con la ayuda de Dios, la fe —aún inicial— y promover a las personas hacia la plenitud de la vida cristiana, sino que tiene que buscar hacer crecer, a nivel de conocimiento y vida, el germen de la fe sembrado por el Espíritu Santo con el primer anuncio y por medio del Bautismo⁷.

La catequesis tiende a desarrollar la captación del misterio de Cristo a la luz de la Palabra, para que el hombre entero sea impregnado por esa Palabra. Por eso la Catequesis es un período de enseñanza que va hacia la madurez en Cristo; es decir, un período en el que cada cristiano aprende a conocer, aceptar y vivir más intensamente el misterio de Jesús. El lugar privilegiado para vivir este proceso es la Familia.

³ Cfr. *Catequesis (Directorio General)*, en *Diccionario de pastoral y Evangelización*, Ed. Monte Carmelo, Burgos, 2000, p. 174.

⁴ Se realiza en las familias el dinamismo de la evangelización en la Iglesia: "La Iglesia, que vive de la presencia permanente y misteriosa de su Señor Resucitado, tiene como centro de su misión llevar a todos los hombres al encuentro con Jesucristo" (Ecclesia in America, 68).

⁵ Ecclesia in America, 68.

⁶ "La catequesis es un proceso de formación en la fe, la esperanza y la caridad, que informa la mente y toca el corazón, llevando a la persona a abrazar a Cristo de modo pleno y completo. Introduce más plenamente al creyente en la experiencia de la vida cristiana que incluye la celebración litúrgica del misterio de la Redención y el servicio cristiano a los otros" (Ecclesia in America, 69).

⁷ Cf. *Catechesi Tradendae*, 20.

El Papa Paulo VI subraya esta dimensión evangelizadora de la familia, en virtud de su condición de 'Iglesia Doméstica'; en ella se deben reflejar los diversos aspectos de la Iglesia universal. La Familia *'debe ser un espacio donde el Evangelio es transmitido y desde donde éste se irradia'*. De esta forma la familia se vuelve una comunidad evangelizada y evangelizadora⁸. Son los dos aspectos que tenemos que considerar de la tarea catequética de la familia: la catequesis que se realiza al interior de la propia familia y la que la familia hace para otras familias.

Juan Pablo II -y ya desde antes Paulo VI (EN,14)- nos hablan de la evangelización como la misión esencial de la Iglesia *"la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda"*. Esta Evangelización se cumple especialmente en tres etapas; a cada una de estas etapas -que no se dan necesariamente en una sucesión temporal- corresponde en términos globales la respuesta de la fe y, por consiguiente, ciertos periodos de crecimiento:

a. Primer anuncio (Kerigma). En él se manifiesta el núcleo mismo del misterio cristiano: *la Persona de Jesucristo, Verbo encarnado, muerto y resucitado*. El Kerigma es proclamación, anuncio, predicación, pero está también íntimamente ligado al testimonio de vida y, por supuesto, a la acción del Espíritu Santo. Es imprescindible e insustituible. Suscita el nacimiento de la fe a partir del don del Espíritu en el Bautismo. Hay muchas formas válidas de transmitir el kerigma en la Iglesia y sin duda alguna, en la 'Iglesia Doméstica' se da en la forma del inicio sencillo y vivencial con el que los padres van 'anunciando' este grande mensaje a sus hijos pequeñitos desde el bautismo. Grande importancia tiene aquí el testimonio y la coherencia cristianas; desde el principio.

b. Catequesis de la iniciación cristiana (catecumenado). En este concepto, la catequesis es considerada un elemento central para la iniciación cristiana; esta iniciación cristiana significa ya una catequesis propiamente dicha (sistemática, ordenada, de conocimiento, de experiencia) y está apoyada por algunos elementos litúrgicos (por ejemplo, preparación a la primera comunión, a la Confirmación, etc.) y por la vida de la comunidad (en este caso la comunidad familiar) en la que se hace una verdadera 'traditio' (= *'transmisión viva y activa, de generación en generación'*, CT, 22)⁹. La finalidad de esta acción catecumenal es ayudar a fundamentar y consolidar la comunión viva con Cristo. Esta iniciación ordenada y sistemática tiene mucho que ver con la vida humana, porque debe inspirar la vida e iluminarla con la luz del Evangelio. Cada catequista es un educador de la fe (y aquí hay que decir enfáticamente que los padres son por naturaleza y por derecho los primeros educadores en la fe y, por tanto, los primeros catequistas); esta educación se refiere a la

⁸ EN, 71.

⁹ *"No hay que oponer igualmente una catequesis que arranque de la vida a una catequesis tradicional, doctrinal y sistemática.(52) La auténtica catequesis es siempre una iniciación ordenada y sistemática a la Revelación que Dios mismo ha hecho al hombre, en Jesucristo, revelación conservada en la memoria profunda de la Iglesia y en las Sagradas Escrituras y comunicada constantemente, mediante una «traditio» viva y activa, de generación en generación. Pero esta revelación no está aislada de la vida ni yuxtapuesta artificialmente a ella. Se refiere al sentido último de la existencia y la ilumina, ya para inspirarla, ya para juzgarla, a la luz del Evangelio"*.

totalidad de la persona humana. Esta catequesis incluye algunos componentes muy importantes que encuentran en la familia su ambiente específico y privilegiado:

- El catecumenado primitivo fue el seno materno de la Iglesia en donde ésta engendró, nutrió y promovió a los seguidores de Jesús; hoy ese seno maternal puede ser la familia.
- Tiene un componente vivencial litúrgico - oracional muy importante: celebraciones del año litúrgico y la misa dominical; por supuesto la celebración de los sacramentos de iniciación; las fiestas cristianas de acuerdo a las diferentes tradiciones religiosas de cada comunidad; las fiestas de la Virgen y de los santos; los difuntos; los sacramentales (bendiciones, agua bendita, etc.). Todo lo anterior debe darse como experiencia de Dios, sin perder la dimensión teórica, con contenido y pedagogía, de la enseñanza catequética explícita.
- Otro elemento es la iniciación a la comunidad cristiana; iniciar a la experiencia de la vida comunitaria, tanto a nivel intra-familiar como inter-familiar (grupos organizados de familias que comparten la responsabilidad de la catequesis con sus propios hijos; en México tenemos el movimiento de Familia Educadora en la Fe); en este sentido son muy válidas algunas experiencias de retiros, encuentros, fines de semana, etc. incluso con la presencia –muy significativa y necesaria- de religiosas, sacerdotes y padres de familia.

c. Evangelización pastoral. Educa de manera permanente en la fe y en la comunión con el Padre. Ayuda a madurar la síntesis fe-vida por el cultivo de la espiritualidad y la maduración del compromiso vocacional. En esta etapa catequética es muy necesario tener en cuenta la amplitud y posibilidades de la Catequesis, especialmente en la familia (esto, aparte de la catequesis de la infancia y la niñez, a la que básicamente me he referido en los párrafos anteriores, aunque sin proponerlo en forma explícita):

- ü *La catequesis de adolescentes y jóvenes.* Ellos son víctimas de muchas crisis y de muchos influjos negativos, pero con una gran sensibilidad y un potencial enorme para construir nuevas realidades en la Iglesia y en el mundo. Aquí hace falta un apoyo moral y religioso, fuerte y decidido de la propia familia, ayudados por otros padres y otros matrimonios y jóvenes que han ido superando su proceso de maduración en la fe. Un papel particularmente significativo pueden tener los ‘papás’ (varones), especialmente en relación a sus hijos adolescentes varones, ya que dentro de una mentalidad machista - muy generalizada en nuestros pueblos latinoamericanos- el hombre no se acerca a la Iglesia; esto genera que inconscientemente el niño-adolescente piense que las cosas de la fe son para mujeres y entonces, en cuanto puede liberarse del ‘yugo’ materno (con mucha frecuencia apoyado por su propio papá)’se libera’ y deja de caminar y crecer en la fe. Otra proyección relevante de la catequesis de adolescentes y jóvenes es la dimensión vocacional en toda su gama de posibilidades (laical, matrimonial, sacerdotal, misionera, contemplativa, etc.). Dios va ñoco a poco haciendo hacer sentir su voz en los jóvenes, sabiendo que llama “a los que Él quiso” (Mc. 3,14).
- ü *La catequesis de los adultos.* Ellos requieren también de muchos elementos de formación, consolidación, apoyo en su testimonio cristiano, y vivencia de su espiritualidad

matrimonial y familiar y así pueden proyectar su acción pastoral no sólo en el seno de la propia familia, sino –como familia- en otros ambientes y comunidades familiares. No sólo los hijos pueden aprender mucho de sus padres y hermanos, sino que éstos pueden aprender una increíble riqueza de verdades de vida y de fe de sus propios hijos. Es la riqueza y la alegría de la comunión en familia.

- ü *La catequesis de los ancianos.* A ellos se les considera como un verdadero don de Dios para su Iglesia, por su serenidad, sabiduría, experiencia de vida, tiempo libre, etc. Los ancianos han de recibir también una catequesis de esperanza que los vaya preparando, en el seno de su propia familia, al encuentro definitivo con Dios. Así ellos podrán ser testigos de la fe, maestros de vida y ejemplos de caridad.

III.- DOS CONSIDERACIONES

1.- Formación de valores

El hombre de hoy es particularmente sensible a la búsqueda de valores que lo realicen en medio de un mundo que le significa con mucha frecuencia hostilidad y problema y en el que realmente se siente como 'arrojado', experimentando soledad y vacío. Solamente cuando se siente 'completo' y 'acompañado' es cuando se puede decir que está en situación de realización.

Esta realización personal es una necesidad que cada persona experimenta como algo insubstituible e irrenunciable. Su espíritu, que lo define como persona, lo lleva a esta búsqueda incesante. Por su configuración espiritual el hombre está por naturaleza abierto a la adquisición de valores que lo definan como persona y con los que se identifica al asumirlos. Todo el universo de la persona está orientado hacia los valores y, por consiguiente, a la tendencia hacia el infinito y la perfección.

Por esto mismo podemos decir que los valores tienen su origen y su fundamento en la misma naturaleza del hombre, y sus raíces las encuentra en su vivir, no en normas externas impuestas por las costumbres, las culturas, la sociedad, las instituciones o la Iglesia. Viviendo el hombre se autorrealiza y se define en su personalidad y su ser. Los valores son para todos los hombres, sin distinción de raza, clase social, sexo o credo.

Vocación a la perfección por los valores. El hombre está llamado a la perfección y ésta consiste en la adquisición y vivencia de valores en forma heroica. Los valores no son una realidad externa o aparte del hombre mismo, forman parte de su persona. El corazón de los valores es el hombre mismo. Lo valioso del cosmos, de la vida, de la familia y de la sociedad se halla en función de la persona.

Lo sorprendente de los valores es que éstos aparecen como tales solo en la medida en que son conocidos y percibidos por el corazón humano. Los valores consisten en la apreciación que el hombre hace de alguna realidad de las cosas en cuanto éstas son buenas para el hombre mismo. En este sentido los valores aparecen también como realidades subjetivas. Mientras yo no sienta que es valioso promover la libertad y la justicia de los pobres y oprimidos, la justicia no me va a aparecer un valor. Si no disfruto de la belleza de un

cuadro, de la bondad de una persona, de la amistad de alguien, de la sabiduría de un maestro, etc. ninguno de estos valores existirá para mí. Esto se puede afirmar de todos los valores. Existen en conexión estrecha con el corazón del hombre. El hombre, al asumirlos, les da vida, los hace reales.

El hombre es único y grande si logra desarrollar, especialmente a partir de su familia, en la relación e integración con los demás, su responsabilidad, libertad y capacidad de amar.

El proyecto más importante e interesante sobre el que nos podemos empeñar es la persona humana. Por extensión habrá que concluir la importancia que reviste la familia en el proceso de formación de la persona.

En la relación concreta con las otras personas, especialmente en la propia familia, han ido cobrando vida los diferentes valores que ahora forman parte de nuestro ser y nuestra personalidad. Cada uno es lo que ha vivido en su familia. En este sentido toma toda su fuerza la afirmación de que se es lo que se ha aprendido y se aprende lo que se vive.

A partir del desarrollo personal de todo un esquema de valores, como cada persona puede ir configurando su personalidad y su situación dentro del contexto de la sociedad para ir definiendo también su vocación hacia la plenitud y la perfección. En todo este proceso es absolutamente indispensable contar con el apoyo y el acompañamiento de los demás, especialmente de la propia familia, empeñada toda ella en el proceso grandioso de la educación.

La educación en los valores. Cuando hablamos de la familia y de su misión educadora en el campo de los valores humanos y cristianos hay que referirse de manera muy particular a los hijos en sus diferentes momentos del proceso de crecimiento, en ellos es donde de manera más especial se manifiestan los efectos de la buena o mala formación o educación desde la familia

Conviene clarificar el concepto de la *educación*. Muchos padres y maestros piensan que educar es llenar de ideas o conceptos a los hijos; sin propiciar en ellos la 'experiencia' de aquello en lo que se les educa (es el caso, desgraciadamente muy difundido, de la "preparación a la primera comunión", entendida como una simple adquisición de datos, doctrina y conceptos que muchas veces conllevan contradicciones entre lo que los niños aprenden y lo que viven en su familia). Educar significa básicamente la creación de un espacio interior libre, donde cada persona pueda realizarse en un desarrollo progresivo a partir del descubrimiento de sus propias posibilidades vitales y del compromiso con ellas. Por ello, educar (del latín e-ducere = sacar desde adentro) significa:

- No cambiar a los demás, sino ofrecerles un espacio donde se pueda realizar un cambio;
- No 'acorrallar' al otro, sino abrir una amplia gama de opciones para un compromiso;
- No ofrecer 'lo nuestro', sino presentar un camino para que los demás puedan encontrar 'lo suyo';

- No hacer que el otro adopte nuestro modo de vida, sino una oportunidad de el otro pueda encontrar su propio modo.

La tarea de la educación es una tarea difícilísima que requiere una atenta concentración, una profundidad de vida y una autenticidad a toda prueba. Los hijos tienen una promesa, un tesoro escondido que deben manifestar abiertamente por medio de la educación. A los hijos hay que responderles, no manipularlos. La difícil tarea de los padres será la de ayudar a los hijos a desarrollar todos los valores posibles dentro de una libertad que les permita seguir su propio camino. Se trata de enseñar a vivir en profundidad.

La educación prevé la creación de un espacio libre y amable donde padres e hijos puedan entrar en un clima de comunicación y confianza recíprocas, como fuente de un crecimiento, de una maduración y, en definitiva, de un amor. Esta educación que se refiere primordialmente a los valores, debe presentar dos aspectos:

- *Revelación.* Hacer saber al hijo que tiene algo que ofrecer. Crearle confianza en sí mismo. Sus inspiraciones, convicciones, intuiciones y formulaciones merecen seria atención.
- *Confirmación.* Lo que se revela como bueno hay que confirmarlo. Aquí cabe la aceptación, la animación y el apoyo. No hay que ayudar a descubrir solo los bienes escondidos, sino a desarrollarlos y profundizarlos para renovar la confianza en sí mismos. Es necesario confirmar la confianza de los hijos; esto supone la convección de que fundamentalmente la persona es lo más valioso.

Especialmente en la educación religiosa la revelación y la confirmación tienen especial importancia. Hay tantas formas de ser cristiano como cristianos hay en el mundo. La formación religiosa no es la imposición de una doctrina, sino el ofrecimiento de un 'espacio de fe' donde se pueda revelar el enorme potencial humano para amar, para dar y para crear una relación fuerte, alegre y auténtica con Dios y donde se confirme el entusiasmo por buscarse a sí mismo sin miedos ni parálisis. Educar significa, pues, mostrar en la vida modelos de pensamiento y sentimientos sobre los que los hijos puedan construir su propia existencia; es ayudarlos a que corran el riesgo de creer en sí mismos y ser ellos mismos.

La educación supone también un grande sentido de hospitalidad o acogida del otro. Acogemos al otro cuando lo respetamos en su individualidad y le ofrecemos lo que nosotros somos, nuestra riqueza personal: una casa vacía no es una casa hospitalaria. Si los padres quieren cumplir con esta característica indispensable de la educación de los hijos, tienen que ponerse ante ellos con una presencia sin ambigüedades, exponiendo claramente su vida, sus ideas y sus opiniones, sus opciones por la vida, sus actitudes y, sobre todo, sus valores.

Esta es la tarea fundamental de la familia, que no se limita solamente a los padres, en cuanto ellos puedan ser considerados los únicos educadores, sino que abarca a todos los miembros de la familia, teniendo en cuenta que los hijos son también verdaderos educadores de sus padres y los hermanos entre sí.

La Familia, educadora de valores. El Santo Padre Juan Pablo II exhorta a la familia a cumplir con su propio cometido, que constituye su identidad y su misión, que es "custodiar, revelar y

comunicar el amor"¹⁰; por eso, el Papa abunda en algunas de las tareas concretas de la familia y dice¹¹:

"En este sentido, partiendo del amor y en constante referencia a él, el reciente Sínodo ha puesto de relieve cuatro cometidos generales de la familia:

- 1) Formación de una comunidad de personas;
- 2) Sentido de la vida;
- 3) Participación en el desarrollo de la sociedad
- 4) Participación en la vida y misión de la Iglesia".

El Papa está así haciendo una directa alusión a la formación de los diferentes tipos de valores (biológicos, psicológicos, sociales y espirituales), presentando una gama de posibilidades de realización en la perspectiva de la misión misma de la familia cuando le dice: '¡Familia, sé lo que eres!'

El valor primordial a lograr y que abarca a todos los demás es sin lugar a dudas el amor. En la formación de la persona, pero proyectado a todas las demás orientaciones de la misión de la familia, el amor le da sentido y orientación a la vida humana¹². Sabemos de sobra que a medida que se va debilitando el verdadero amor se oscurece también la misma identidad del ser humano.

<p>La grandeza y la responsabilidad de la familia está</p>
<p>en ser la primera comunidad de vida y amor,</p>
<p>formadora de personas</p>
<p>y educadora en la fe.</p>

2.- La juventud y la familia

Es común atribuir a la familia la casi totalidad de la responsabilidad en relación a los problemas juveniles, a veces sin tener en cuenta otros factores que determinan y configuran estos mismos problemas; pero sí es cierto que buena parte de la incidencia del influjo en la forma de vivir la juventud provienen de la propia familia.

Inmersos en su mundo, los jóvenes asimilan lo mismo valores que antivalores, que les van permitiendo -o impidiendo, según el caso- vivir con autenticidad la vida a la que aspiran. Ellos con facilidad son víctimas de engaños y manipulaciones que los infantilizan y envilecen. Pueden ser fácil blanco de muchas de estas manipulaciones que desvirtúan la

¹⁰ Familiaris Consortio, 17.

¹¹ Ibid.

¹² Juan Pablo II, *Discurso en Chihuahua, Encuentro con las familias*, 10 de mayo de 1990.

perspectiva con la que pretenden enfrentarse a la vida. Muchas de estas manipulaciones se disfrazan de mentalidades o doctrinas; entre ellas podemos mencionar:

- * *El sensualismo*, que afirma que nada es verdadero si no está verificado por los sentidos. El mayor valor es el que satisface la sensualidad.
- * *El relativismo*, que afirma que todo tiene elementos contradictorios: no hay ninguna verdad absoluta y, por tanto, ningún criterio firme de acción de vida.
- * *El humanismo absoluto*, según el cual el hombre mismo es la medida de todas las cosas.
- * *El pragmatismo*, fenómeno propio de una sociedad tecnificada, que afirma que una cosa es buena en la medida en que tiene ventajas prácticas. Sólo tiene razón de ser lo útil.
- * *El convencionalismo*, según el cual toda obligación es convencional impuesta por el más fuerte, de manera que hay que luchar por conquistar un lugar para imponer la propia verdad.
- * *El existencialismo* que, en el fondo afirma que el temor es la esencia de la vida. Todo es absurdo. Nada tiene verdadero sentido. No hay nada por lo que valga la pena vivir. Estamos condenados a la existencia.

En medio de todas estas corrientes de pensamiento que influyen de una manera u otra en la conciencia de los jóvenes, podríamos nosotros preguntarnos: ¿a qué tipo de vida aspiran nuestros jóvenes? ¿Hay algo que sea digno de ser asumido, seguido y vivido para ser presentado a los jóvenes?

Tres características que en forma más o menos común se dan hoy entre la juventud:

- ◆ *Un deseo de interioridad*. La actual generación da una prioridad a lo personal y tiende a encerrarse en sí misma. Esto podría asombrar a quien piensa en la juventud sólo en términos de actividad, protesta o superficialidad. Ante la incertidumbre de su vida y la confusión que experimenta se siente solo. A nada puede aferrarse y aquello a lo que se aferra, en alguna forma lo esclaviza. El único camino para ser libre es la interioridad. Al joven con frecuencia no le gusta lo que ve afuera y entonces tiene que entrar en sí mismo; sólo en la auto-reflexión podrá llegar a ser una persona sensitiva y honesta. A los jóvenes hay que proporcionarles espacios de interioridad para poder re-interpretar la realidad. El joven necesita descubrir lo invisible para construir un mundo nuevo.
- ◆ *Ausencia de padre*. Los modelos primordiales del padre y de la madre son los primeros que deben ser interiorizados, pero nuestro sistema social y educativo con mucha frecuencia provoca la falta de presencia y la figura concreta de un padre. La figura del padre supone para el joven la posibilidad de una definición, una seguridad y un punto de referencia por el principio de autoridad. Esta falta constituye un problema de fondo de la cultura juvenil actual que se agudiza en nuestra ciudad. La autoridad no nace de un poder arrebatado y cuando esto se da, no tiene nada que decir a los jóvenes. De aquí se suscita una juventud sin equilibrio y sin modelos de identidad que le brinden puntos de referencia. La figura

paterna comporta dominio, orden, potestad, dependencia, equilibrio y seguridad. Pero es rechazada. Cuando la autoridad del adulto se desintegra, el joven es cada vez más esclavo de otros; cuando desaparece la imagen de seguridad, aparecen los fantasmas de la imprecisión, la duda y la inseguridad en el joven. De aquí resulta evidente la estrecha conexión que existe entre la realización adecuada de la vida familiar, donde aparecen armónicamente las figuras paterna y materna con todos los valores que éstos comportan y aportan al joven y la problemática específica de la juventud. De donde habría que decir que junto con una pastoral juvenil adecuada y certera, debe existir una fuerte y decidida acción pastoral en favor del matrimonio y la familia.

◆ *Convulsividad.* Las diversas estructuras de la sociedad van poco a poco apresando y encadenando al hombre. No puede renunciar a las normas sin peligro de ser considerado como un extraño y un alienado. Los jóvenes buscan -tal vez algunos por caminos erróneos- la verdad, el bien, la justicia, al libertad; y sólo encuentran inautenticidad, injusticia y opresión como sistema de poder. En ello consideran cómplices a los adultos. De aquí nace la compulsividad (agresividad, fuga, protesta, desagrado, violencia, etc.). Pero la convulsividad también es fuerza vital y supone un deseo profundo de cambio aún dentro de conductas erradas. El joven, oprimido por situaciones, puede reaccionar como un animal caído en una trampa, peligroso porque está movido instintivamente por el miedo. La convulsividad es ambivalente; el joven busca una visión nueva de la vida, un ideal de vida al cual entregarse plenamente y una fe para vivirla con todo su idealismo. Por aquí va todo camino pastoral hacia la juventud.

* A este punto podemos preguntarnos cómo y dónde encontrar canales de apoyo para los jóvenes. Podría haber varias respuestas.

◆ La fundamental importancia de la formación, especialmente catequética (con toda la riqueza que incluye) de la familia como base para la proyección de los jóvenes hacia su propia realización humana y cristiana. Es en la familia donde se pueden desarrollar, como campo natural, los grandes valores humanos y, por supuesto, si la familia carece de ellos, esto significa una grave pérdida que se refleja particularmente en el período de la juventud. Nada humano es ajeno a la realidad de la fe.

◆ La juventud, por sus características peculiares, necesita modelos válidos que pueda hacer suyos, integrándolos en su personalidad e identidad. De ahí que la familia -y en ella especialmente los padres- deban ser reflejo de Dios y ejemplo de humanidad. El joven debe clarificar y articular todas las cosas que van llegando a su vida, en medio de la confusión y desorientación que le invaden; ahí la familia debe ayudarle a crear espacios de interioridad para articular todo el conjunto de posibilidades, esperanzas, proyectos y anhelos que va viviendo.

◆ Insistiendo en la imagen especialmente paterna y en su importancia en el desarrollo de la personalidad del joven, habrá que decir que esta imagen debe ser cercana. El padre debe vivir visiblemente en medio de los suyos, realizando una autoridad en medio de la futura generación adulta. Deberá tener una 'compasión' (= sentir con, sufrir junto con) que sea reflejo de la compasión de Dios que se hace visible en Jesucristo y creíble en su Palabra para poder restaurar la esperanza en el futuro por parte del mismo joven. Esto

significa el verdadero sentido de paternidad (no paternalismo) en medio de una sociedad que se puede definir como una sociedad sin padres.

◆ La construcción de un mundo nuevo es primordialmente obra y fruto de la juventud, que habrá de estar basada en un compromiso y en una esperanza a toda prueba. Para esto se hace necesaria la atención pastoral a las características de la juventud y a sus posibilidades de realización, especialmente en lo que toca a esa necesidad de encontrar auténticos modelos de vida y acción para su progresiva inserción en la sociedad y en la historia. También se hace necesario incluir los valores familiares, integralmente trabajados en la pastoral familiar, para apoyar el proyecto vital de los jóvenes.

Mons. Dr. Enrique Glennie Graue
Santo Domingo, Octubre 30 de 2002

[Volver a la página anterior](#)